

Desarreglos cósmicos, biopolítica, Big Data

Por Francisco Montfort Guillén

Resumen

El azar nos trajo novedad y ésta nos sumió en la extrañeza: la indisposición por una enfermedad. En este asombro parece predominar la idea del término de una época, de una transformación, sin precedentes, del mundo que conocemos y que se desfonda bajo nuestros pies. Sin duda la pandemia de Covid 19 ha producido novedades en nuestras conductas y ha modificado hábitos, costumbres, relaciones laborales y económicas. Sin embargo, en la reflexión del impacto de estos fenómenos parece predominar la inmediatez de la catástrofe. Tal vez fuera mejor pensar que esta producción de ideas debiera estar encaminada hacia un esfuerzo de reflexión sobre una nueva visión del mundo que evite los reduccionismos. Porque pareciera que, en lugar de pensar en una revolución, existe una inclinación por revolver lo heredado. No todas las modificaciones son cambios, porque éstos pueden entrañar la vuelta o el regreso a lo vivido, sueño de los reaccionarios. Sugerimos reflexionar sobre algunas ideas de Edgar Morin quien propone que antes de una verdadera metamorfosis surgen, se abren brechas, alteraciones que pueden dar lugar a tendencias dominantes que se conviertan, entonces sí, en metamorfosis sociales. En consecuencia, proponemos entrar en el ánimo de pensar en torno de la importancia del reforzamiento de la biopolítica y de la aparición de un nuevo concepto de *Panóptico*, como técnica de poder, gracias a la consolidación del estudio y manejo del *Big Data*.

Palabras claves: Cosmos. Ontología materialista. Complejidad. Modernidad, Democracia, Desarrollo. Panóptico.

Abstract

Summary Chance brought us novelty and it plunged us into strangeness: the indisposition of an illness. In this amazement, the idea of the end of an era seems to predominate, of an unprecedented transformation of the world that we know and that

collapses under our feet. Without a doubt, the Covid 19 pandemic has produced novelties in our behaviors and has changed habits, customs, labor and economic relations. In reflecting on the impact of these phenomena, immediacy seems to predominate. Perhaps it would be better to think that this production of ideas should be directed towards an effort to reflect on a new vision of the world that avoids reductionism. Because it seems that instead of thinking about a revolution, there is an inclination to revive the inherited. Not all modifications are changes, because these may entail a return or a return to what has been lived, a dream of the reactionaries. We suggest reflecting on some ideas of Edgar Morin who proposes that before a true metamorphosis arises, there are gaps, alterations that can give rise to dominant trends that become, then yes, social metamorphoses. Consequently, we propose to enter into the spirit of thinking about the importance of strengthening biopolitics and the emergence of a new concept of Panopticon, as a power technique, thanks to the consolidation of the study and management of Big Data.

Keywords: Cosmos. Materialistic ontology. Complexity. Modernity, Democracy, Development. Panopticon.

13 mil 500 millones de años nos contemplan. La edad del *Big Bang*, nombre “del momento de la inversión... según las últimas teorías de la gravitación cuántica (que) plantean la hipótesis de que, antes de este universo, existía lo mismo pero invertido” como explica Michel Onfray (Onfray, 2018, p. 28). Y en este tiempo inabarcable para nuestros sentidos: ¿qué del pasado fue lo que no vivieron “Toumai, del Chad, primate que hará posible el hombre...hace siete millones de años” (Onfray, 2018, p. 29) y “Lucy la etíope... hace tres millones doscientos mil años”? (Onfray, 2018, p. 29). La formación de nuestra Galaxia, el nacimiento, por tanto, de la “vida astrofísica” y la “vida geológica”, por tanto, las glaciaciones, verdaderos cambios climáticos, la formación de Pangea, la aparición y desaparición del reino “Arqueano”, la aparición y desaparición del Protorezoico, del reino Primario, del reino Secundario. (Onfray, 2018, p.29).

Tampoco Toumai y Lucy llegaron a conocer el Reino Cuaternario cuando fueron creadas las pinturas de *Lascaux*, ni el reino de los faraones. Aunque estuvieron expuestos, muy seguramente, a diversos tipos de *zoonosis*. “Nacer, ser, crecer, culminar, decaer, desaparecer” (Onfray, 2018, p.30), son momentos de todo lo vivo

gracias a la potencia que no es debida a los dioses sino al Cosmos. La alegoría creada por Onfray sobre la historia del Cosmos resumida en un año, nos muestra un tiempo inabarcable y cuánto ignoramos sobre la vida real. Exhibe, además, la vuelta de espalda que los seres humanos contemporáneos seguimos dando al conocimiento científico sobre el funcionamiento y evolución del Cosmos.

¿Los desarreglos climáticos actuales que son reales, comprobados, constituyen realmente un “cambio del clima”? ¿La crisis por la pandemia de Covid 19 constituye un “punto de inflexión” civilizacional que anuncia la decadencia de la civilización democrática de tipo liberal? El olvido del Cosmos y el triunfo de las ideologías nos hacen mezclar los conocimientos racionales con los pensamientos mágicos y nos colocan indefensos frente al pánico causado por el entreveramiento de un fenómeno natural y un proceso social que obnubila nuestras razones científicas y nos hace recurrir al pensamiento mágico para encontrar el *Deus ex machine* que nos salve y hace proliferar las ideas catastrofistas sobre el fin de los mejores valores y conductas de la cultura de base eurooccidental.

La publicidad sobre los desarreglos, irregularidades, calamidades producidos por el clima causan alarmas en las poblaciones. Es cierto que pretende, y va logrando el propósito, poner en alerta a los seres humanos sobre la necesidad de parar, revertir, arreglar estos acontecimientos provocados por un proceso civilizacional que lucha por su sobrevivencia, pero que provoca resultados sobre la naturaleza que también llegan a constituir amenazas a su propia existencia. Y sin embargo poca publicidad recibe, por ejemplo, el logro nada menor de la restauración así sea parcial, de la capa de ozono, que a su vez está provocando nuevas direcciones de los vientos que nosotros desconocíamos, y cuyas consecuencias sobre el clima ignoramos.

La aparición de un virus, un producto natural, desconocido para nuestras sociedades, pone a los seres humanos en alerta sobre la precariedad de nuestras vidas, sobre nuestra relación con la muerte, o con nuestras ideas sobre la muerte. Si a quienes profesan ciertas religiones se les ofrecen el paraíso y la inmortalidad del alma, una vez acaecida su muerte, para ellos no debería de constituir un temor esta pandemia. Es el caso de muchos creyentes que forman parte de la civilización eurooccidental. Asunción que no evita el sufrimiento por la pérdida de los seres queridos. Pero en este caso, asumimos consideraciones metafísicas; nos alejamos de la racionalidad científica y de

una deseable ontología material que nos ayude a tener otra visión del mundo sin temores ni represiones psicológicas.

Onfray recuerda el verso de Paul Valery: “*Nosotros, las civilizaciones, ahora sabemos que también somos mortales*” (Onfray, 2018, p.31). Sí, las civilizaciones mueren. En su poema El Tajín, nombre de las ruinas de un centro ceremonial y su imponente pirámide de Los nichos, símbolo del esplendor de la civilización totonaca, al norte del estado de Veracruz, en México, el poeta Efraín Huerta escribe:

Andar así es andar a ciegas, /andar inmóvil sobre el aire inmóvil/andar pasos de arena, ardiente césped. /Dar pasos sobre el agua, sobre nada/-el agua que no existe, la nada de una astilla-, /dar pasos sobre muertas, /sobre un suelo de cráneos calcinados... Oh Tajín, oh naufragio/tormenta demolida, /piedra bajo la piedra;/Cuando nadie sea nada y todo quede/mutilado, cuando ya nadie sea/ y sólo quedes tú, impuro templo desolado,/cuando el país-serpiente sea la ruina y el polvo,/la pequeña pirámide podrá cerrar los ojos/para siempre, asfixiada/muerta en todas las muertes,/ ciega en todas las vidas/bajo el silencio universal/y en todos los abismos./Tajín, el trueno, el mito, el sacrificio./Y después, nada. (Huerta, 1963, p. 1).

O, mejor dicho: solo la materia cósmica en estados de ruinas que algún día seremos. Olvidamos que el hombre se viste de seda, pero naturaleza se queda. ¿Pero ahora mismo nos encaminamos a una situación tan catastrófica?

La desaparición de civilizaciones constituye una realidad. Su decadencia, su desmoronamiento lo podemos constatar. Conocemos casos distintos. No por causa de desarreglos climáticos casi exclusivamente (como Pompeya) o por causa de las epidemias. Onfray: “*El imperio (romano) se desmorona porque su negantropía le ha prohibido luchar contra la entropía que ha terminado por imponerse después de haberlo acechado, acompañado, amenazado, carcomido, arruinado y vencido*” (Onfray, 2019, p.33).

¿Estamos frente a un caso tan grave por el efecto del llamado cambio climático y la difusión de una pandemia? ¿El Covid 19 será el equivalente de la destrucción de la Lisboa antigua (1755) que abrió la puerta a la reconstrucción del pensamiento y de la cultura católica?

La aparición del Covid 19 ha despertado el pesimismo entre grandes grupos poblacionales, y también ha alentado deseos de revancha ideológica o intelectual entre algunas élites, alimentado, parece ser, un concurso o la ambición de ser pionero en el anuncio más catastrofista: la muerte del capitalismo, el fin del neoliberalismo, el fin de la globalización, la muerte de las libertades. Como si estas ideas ya estuvieran infectadas por el Covid 19 y en etapa terminal o fueran el mismo virus: materia orgánica que puede (o no) manipularse a placer. Se abre una lucha entre pesimistas y optimistas en medio de la crisis. Los primeros ofrecen regresar al pasado para adorar y respetar la tierra. Los segundos proponen el futuro sobre la creencia de que sus conocimientos remediarán los desarreglos cósmicos. Pero como bien afirma Michel Onfray en su obra *Decadencia*: “Ahora bien, el presente no se hace con el futuro del optimista ni con el pasado del pesimista, sino con el instante de lo trágico” (Onfray, 2019, p. 34).

Sobre el tema, Edgar Morin afirma:

La unificación técnico-económica del mundo que trajo el capitalismo agresivo en los años noventa ha generado una enorme paradoja que la emergencia del coronavirus ha hecho ahora visible para todos: esta interdependencia entre los países, en lugar de favorecer un real progreso en la conciencia y en la comprensión de los pueblos, ha desatado formas de egoísmo y de ultranacionalismo. El virus ha desenmascarado esta ausencia de una auténtica conciencia planetaria de la humanidad... Vivimos en un gran mercado planetario que no ha sabido suscitar sentimientos de fraternidad entre los países. Ha creado, de hecho, un miedo generalizado al futuro (Ordine, 2020, p. 1).

La integración mundial vía la globalización no fue pensada para provocar estos sentimientos humanistas de cooperación y solidaridad. Pero sin duda restañó heridas y confianza entre las naciones europeas, la cooperación científica entre científicos, entre otros logros. A pesar de los acuerdos entre países, persisten la competencia y competitividad, asociadas y contradictorias en sí mismas, pues son propias de la naturaleza humana y son alimentadas por el capitalismo liberal que impulsa la superación personal y colectiva y por lo tanto promueven cierto tipo de rivalidad entre los seres humanos, pero que, al mismo tiempo, impulsa la cooperación gracias a las técnicas del management. Nada nuevo bajo el sol. Pero esta época que algunos llaman neoliberal ha creado la mayor cantidad de riqueza en la historia de la humanidad y ha reducido, como nunca antes, a escala mundial, y dentro de algunos países, la miseria

económica y la pobreza relativa de millones de seres humanos. Por lo tanto, fuera deseable pensar conjuntamente la cuestión de qué daños ha causado esta organización de los mercados, esta integración tecnoeconómica, junto con sus beneficios científicos, tecnoeconómicos y sociales, para reducir y atenuar los primeros lo máximo posible, y expandir los segundos. No reducir ni simplificar los problemas: tenemos que complejizarlos.

Se insiste demasiado en los aspectos negativos; “El desarrollo económico-capitalístico, entonces, ha desatado los grandes problemas que afectan nuestro planeta: el deterioro de la biosfera, la crisis general de la democracia, el aumento de las desigualdades y de las injusticias, la proliferación de los armamentos, los nuevos autoritarismos, con Estados Unidos y Brasil a la cabeza...” (Ordine, 2020, p. 1). [Aunque yo agregaría en los impulsos regresivos democráticos a Inglaterra, Rusia y Hungría. Pero mientras EEUU e Inglaterra atraviesan por baches del bucle ascendente del progreso democrático-liberal, en cambio los otros países no pueden ser vistos como democracias en peligro, ni siquiera como democracias iliberales]. Pero... ¿En verdad estos males se los debemos al neoliberalismo? ¿Estos grandes males antes no existían junto con los provocados por la Unión Soviética y sus países satélites? Demasiado reduccionismo.

En la *Sopa de Wuhan*, publicación de ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio) de Giorgio Agamben, et al, fueron reunidos diversos pensamientos filosóficos en torno al Covid 19. Se lee en la Introducción: “ASPO... es una iniciativa editorial que se propone perdurar mientras se vive en cuarentena, es un punto de fuga creativo ante la infodemia, la paranoia y la distancia lasciva autoimpuesta como política de resguardo ante un peligro invisible” (Agamben, 2020, pp. 17-20).

“Punto de fuga creativo”: Sobresalen algunos títulos y autores: *La invención de una pandemia* (Giorgio Agamben); *El coronavirus es un golpe al capitalismo a lo Bill Kill* (Slavoj Zizec), *Excepción viral* (Jean Luc Nancy), *Crónica de la psicodéflación* (Franco “Bifo” Berardi); *El coronavirus como declaración de guerra* (Santiago López Petit), *El capitalismo tiene sus límites* /Judith Butler), *Política capitalista en tiempos de coronavirus* (David Harvey); *La emergencia viral y el mundo de mañana* (Byung-Chul Han), *A las puertas de un nuevo orden mundial* (Raúl Zibechi); *Fragilidad y tiranía (humana) en tiempos de pandemia* (Gustavo Yañez González). No todos los trabajos apuntan o vaticinan un fatídico cambio radical en nuestras sociedades debido

a la pandemia. Los ensayos de Byung-Chul Han y el trabajo de Alain Badiou (*Sobre la situación epidémica*) muestran mayor madurez intelectual y sensatez sobre el momento que vivimos, algunos trabajos albergan expectativas optimistas de cambio social post pandemia, en tanto que otros se muestran más pesimistas, tal vez en un mayor grado de maduración intelectual, con relación al futuro.

Ahora bien, nadie puede dudar de la conmoción que se vive globalmente. Pero no sabemos en este momento qué va a seguir. El cambio en la naturaleza y en los procesos sociales no se produce de golpe e inesperadamente, aun cuando los actores sociales así los perciban. Lo mismo puede decirse respecto de la zoonosis en esta “sociedad de riesgos, producida por la propia modernización” (Beck, 1986, p.56) pues se tienen experiencias de por “lo menos 142 virus que han infectado a los humanos”, principalmente provenientes de mamíferos”. Lo mismo de animales domesticados que de animales en su hábitat invadido por seres humanos, y ciertamente, algunos de estos virus provienen de murciélagos (Criado, 2020, p 1).

Entender y prever los cambios en la naturaleza, los mismos procesos que desembocan en la visibilidad de los desarreglos climáticos que el surgimiento de pandemias, exige del conocimiento científico, y las comunidades científicas de diferentes países con investigadores de diversas nacionalidades están trabajando en común para enfrentar estas amenazas. Sin embargo, estos saberes de las ciencias les están vedados a una gran mayoría de las poblaciones.

Sugiero que frente a los cambios sociales que vivimos es preferible adoptar una visión compleja (y sabiamente prudente) sobre su surgimiento y devenir. Edgar Morin propone en algunos de sus ensayos recuperados en el libro *Sociología* (1984), específicamente sobre “sociología del cambio”, que en muchas ocasiones éste se inicia como una pequeña brecha que puede dar lugar a una tendencia y ésta convertirse en una transformación. Llegado el caso, estos terremotos sociales pueden llegar a constituir una “metamorfosis” (E. Morin. S. Naïr, 1984, p. 32) que origina lo “nuevo” que muestra a un mismo tiempo los rasgos de la situación inicial que se conservan, los que dan aparición a lo que surge y la novedad propiamente dicha, entreverados en una relación que asocia complementariedades y contradicciones.

Con esta perspectiva es posible construir “paradigmas biodegradables”, concepto caro al Dr. Raúl Domingo Motta, una sugerencia metodológica adecuada para este

momento de confusiones y de enormes fragilidades en nuestras certezas. La propuesta de Raúl Domingo Motta es óptima porque muestra su utilidad en dos aspectos cruciales: además de su construcción *ad hoc*, para análisis concretos de situaciones concretas, se avanza en la comprensión de los fenómenos puestos en observación y pueden desaparecer lentamente, sin causar estrépitos en sus fracasos o sin convertirse en recetas infalibles, si triunfan, para todo tiempo y lugar. Esta es una herramienta adecuada para avanzar en ideas sobre *posibles brechas* que podríamos ver en un futuro cercano, sin que las condiciones de probabilidad nos brinden certezas de que, efectivamente, estamos frente a un cambio.

Las sociedades contemporáneas que consideramos exitosas han surgido, en realidades diferentes y específicas, de la metamorfosis que alimentó su desenvolvimiento y su complejidad con las redes de procesos retroactivos propios de la democracia, la modernidad y el desarrollo, que a su vez han impulsado crecimientos económicos sostenibles de los cuales han surgido niveles de bienestar material, de bien vivir para grandes grupos poblacionales. Cada sociedad (Inglaterra, Francia, Alemania, Países Bajos y Países Nórdicos y ahora los Tigres Asiáticos y también una parte de China e India, los EEUU, Canadá y otras colonias o excolonias inglesas) expone sus propias metamorfosis que, aun en su singularidad, son reconocibles los roles que han jugado la democracia, la modernidad y el desarrollo.

Tal vez sobre estos tres grandes procesos se vean, en los próximos años, algunas modificaciones, algunas brechas con velocidades y características desiguales y contradictorias que no significarán de inmediato ni el fin del “capitalismo clásico” surgido de Inglaterra y Estados Unidos, ni el triunfo arrollador del incipiente “capitalismo de Estado” chino con su buena dosis de autoritarismo comunista.

Tal vez, sólo tal vez, la repercusión más inmediata o de mayor rapidez en los procesos sociales de las nuevas brechas, pueda localizarse en la organización política (independientemente de la prontitud de las medidas sanitarias y de las políticas estrictamente económicas que están siendo diseñadas y puestas en práctica para detener y revertir la los efectos negativos de la crisis) estrechamente ligadas con la cuestión central del poder y con repercusiones tanto sobre la modernización de los hombres como sobre el desarrollo, principalmente sobre dos cuestiones sociales que cobran mayor importancia: salud y educación.

La democracia moderna preparó el camino para la expansión del capitalismo en los Países Bajos y en Inglaterra, inicialmente. La nueva organización del poder aró caminos, abrió brechas que se convirtieron en tendencias también en las conductas y valores de las sociedades e individuos y, por supuesto, en la organización de los mercados que, todo junto, se convirtieron en metamorfosis. Fue un proceso en bucle, con recaídas y retrocesos, pero ascendente. Imperfecta como toda obra humana, la democracia permitió libertades de movimiento, de iniciativas ciudadanas, de comercio y de producción, libertades de expresión de ideas con la reinención del diálogo para dar paso a diversas formas de expresiones políticas en una convivencia sin armas y nuevas formas de solidaridad entre clases sociales. Y, como propone Edgar Morin, “el aparato de Estado, el gran cerebro social del Estado/nación capitalista empezó a funcionar como una megamáquina social (Mumford) que dirige, orienta, controla. Fue convertido en el timonel, el que guía las naves nacionales, de acuerdo con la tradición griega del poder del soberano” (Morin, 2003, p. 209-217).

La crisis desatada por la pandemia ha mostrado a los Estados eurooccidentales democráticos, que enaltecen las libertades de movimiento y de reunión de los individuos y los grupos sociales, ciertas debilidades para hacer frente a este nuevo desafío que implica el distanciamiento entre individuos y la inmovilidad de mercancías y servicios. El Estado democrático tradicional tendrá que revisar su organización y su eficiencia y eficacia para tender puentes mundiales de ayuda mutua y para gestionar localidades, grupos sociales e individuos dentro de sus dominios. Tal vez un camino sea reforzar tradiciones dejadas de lado durante su largo desenvolvimiento por imperativos culturales y económicos a lo largo de su centenaria historia.

Repensar “la reorganización del poder es introducir de manera definitiva la regeneración de las tecnologías del poder (disciplina, dispositivos de seguridad, prohibiciones, confinamientos, castigos, vigilancia, estímulos a los nuevos/buenos comportamientos). Adicionalmente, exige repensar y reorganizar la dialógica entre libertades (movilidad) y amurallamiento; la dialógica entre el gobierno de las sociedades (gobernanza) y el gobierno de los individuos (gubernamentalidad)” (M. Foucault, 2006, p.71); la dialógica entre geopolítica internacional (del Estado nación) y geopolítica o gestión del territorio local del mismo Estado nación) y todo esto, en un nivel de acción histórica superior (Touraine, 2001, p. 48), con la biopolítica ampliada, es decir, regeneración del biopoder a nueva escala: “el conjunto de mecanismos por

medio de los cuales aquello que, en la especie humana, constituye sus rasgos biológicos fundamentales podrá ser parte de una política, una estrategia política, una estrategia general de poder” como afirma Michel Foucault (Foucault, 2006, p. 97). Ya no solo será la salud como tal, la sexualidad, la reproducción asistida o controlada, la muerte digna, sino la seguridad de la sociedad frente a lo desconocido: las pandemias que exigen nuevos tipos de comportamiento social e individual.

La seguridad del Príncipe, del Estado, de la sociedad y del individuo para asegurar las libertades y, al mismo tiempo, obtener o asegurar la obediencia, restricciones a la movilidad y cumplimiento estricto de la disciplina. Considerar los comportamientos de los seres humanos individuales y en sus organizaciones (desde las más pequeñas y simples hasta la más compleja, la organización de organizaciones, el Estado/nación) no sólo en sus regularidades institucionales, dice Foucault, “sino, mucho más, las disposiciones de poder, las redes, las corrientes, los relevos, los puntos de apoyo, las diferencias de potencial que caracterizan una forma de poder y que son, creo, precisamente, constitutivas a la vez del individuo y de la colectividad” (Foucault, 2006, p. 145, ss).

Occidente puede retomar lo que ya obtuvo en su momento de otros contextos político/culturales: sus orígenes orientales que le permitieron reorganizar la idea del “poder pastoral” sobre “el pueblo como corderos” egipcio, persa, judío, integrándola con la idea del poder dirigido por el gobernante o timonel de origen griego, gracias al cristianismo. Un paso atrás para seguir adelante. Una nueva concepción de libertad que se adapte a una eficacia similar a la de los nuevos gobiernos orientales en donde la presencia del Estado y la disciplina social de los ciudadanos se manifiestan útiles y eficaces como expresión de sus nuevos tiempos.

Repensar y reorganizar el Estado occidental, después del Covid 19 implicaría alguna forma de reflexión sobre la relación que asocia, contradice y complementa las funciones del Estado, del Big Data con la aparición/función de internet y los teléfonos móviles. Entre el caso de China y el caso de Corea, las naciones de occidente pueden encontrar expresiones propias de libertad, disciplina, movimiento y confinación que medien entre el control absoluto y la libertad sin restricciones.

Occidente está ante la puerta de contar con un moderno mecanismo panóptico: la unión entre poder estatal y poder de información/comunicación a través de los

teléfonos móviles, sería la creación del panóptico casi perfecto de Bentham. Dice Michel Foucault sobre este ideal de gobierno/control: "...que ninguno de mis súbditos me eluda y ninguno de los gestos de ninguno de ellos me sea desconocido. En cierto modo, el punto central del panóptico es el soberano perfecto" (Foucault, 2006, p. 87).

Las tradiciones culturales de los seres humanos que habitan Asia les ayudan, en casos del cruce entre procesos naturales y procesos sociales que ponen en riesgo la vida humana, a guardar formas de comportamiento colectivo desconocidas o muy lejanas en Occidente. Lo podemos constatar en los casos de los comportamientos sociales e individuales de los ciudadanos de Italia y España y los todavía más indisciplinados, hasta la desesperación, de los comportamientos colectivos en América Latina. La tradición asiática disciplinaria de su vida social reglamentada, su aceptación de la fuerza del Estado, casi siempre autoritario, sus tradiciones religiosas, en fin, sus valores han conformado una modernidad con rasgos distintivos que la diferencian de la modernidad eurooccidental.

En aquellos países, además de los especialistas en salud pública han convergido los esfuerzos, en esta crisis, de sus expertos en Big Data, lo mismo para investigaciones sobre la pandemia que sobre el control disciplinario de los individuos y colectividades. China representa el extremo: sus ciudadanos viven bajo estrictas medidas de vigilancia. Para su sistema de crédito:

Cada ciudadano debe ser evaluado consecuentemente en su conducta social... En China es posible esta vigilancia social porque se produce un irrestricto intercambio de datos entre los proveedores de Internet y de telefonía móvil y las autoridades... En China hay 200 millones de cámaras de vigilancia, muchas de ellas provistas de una técnica muy eficiente de reconocimiento facial. Captan incluso lunares en el rostro... (Dotadas de inteligencia artificial) observan y evalúan a todo ciudadano en los espacios públicos, en las tiendas, en las calles, en las estaciones, en los aeropuertos... (Una cámara puede captar automáticamente) su temperatura corporal. Si la temperatura es preocupante todas las personas (con las que tuvieron contacto en una estación) reciben una notificación en sus móviles (Han, 2020, pp. 99-100).

En suma, el Big Data constituye una herramienta del poder del Estado chino. El Big Data ayuda a las ciencias y al control de la población sin que ésta proteste (todavía) por vivir bajo su dominio. El Poder no disfraza el uso de Big Data para su control sobre la sociedad (gobernanza) ni para su intromisión en las vidas de sus ciudadanos

gobernados (gubernamentalidad). Los individuos ven la vigilancia acorde con sus valores sociales tradicionales y actuales, lo que nos conduce al concepto de modernidad, otra expresión asociada con la democracia y el desarrollo de tipo occidental. En China el panóptico es el gran soberano que determina además la organización del territorio, de las ciudades, de las empresas, de las relaciones de producción y comerciales. Democracia, modernidad y desarrollo expresados de manera diferente de las vías eurooccidentales.

Este modelo es difícil de replicar a escala en el resto del mundo. La razón principal es la relación compleja de cultura y operatividad instrumental del Poder: la modernización de los individuos eurooccidentales está moldeada por la democracia. Además, Internet y sus bases operativas no son propiedad del Estado, aunque existen analistas que ven en el funcionamiento de la Red global una especie de Estado, dominado por un duopolio, Facebook y Google; yo diría más bien una especie de pseudo Estado que competiría sobre el control de las sociedades y de los individuos: “...Por ejemplo, para hacer cambios vinculantes a su “Constitución”, porque Facebook actúa como si fuese un Estado, se requiere que la mitad de todos sus usuarios voten cualquier cambio. Si pensamos en el universo de los 2.4 mil millones de cuentas, queda claro que ningún cambio sustancial público puede avanzar de esa manera. La democracia de la red es una farsa” (Illades, 2020, p. 1).

Podemos encontrar casos de colonización vía la red de redes. También de uso político con resultados asombrosos. Y un nuevo fenómeno: la destrucción del consumo en masa para ser sustituido por el consumo individualizado, de la gobernanza de la sociedad de masas a la gubernamentalidad de consumidores individuales, aunque su fuerza y utilidad puedan ser transferida a una gubernamentalidad de votantes, de ciudadanos. En el primer caso, Facebook presume la digitalización del África subsahariana, una de las regiones más pobres del mundo, donde Internet equivale a decir Facebook, en donde no existe el equivalente a un sistema, no hay bases de datos, no existe manera de controlar a la población por estos medios como explica Esteban Illades.

El segundo caso salió a la luz con el escándalo de *Cambridge Analytica*, fundada por recursos millonarios anónimos que venden datos precisos de individuos para ser usados con fines electorales. Y en el tercer caso, el botín de datos no sólo es político sino comercial: “En un futuro no tan lejano, los anuncios que uno verá en su servicio

de transmisión en línea serán personalizados. Cada quién verá un anuncio distinto conforme a sus preferencias, así lo hagan en el mismo dispositivo y al mismo tiempo” (Illades, 2020, p. 1).

Internet y telefonía, buscadores de información, redes de comunicación conforman una herramienta para lo que Manuel Castells (1999) denomina la sociedad red (Castells, 1999, p. 24) a disposición del Estado, que pueden ayudar en la gobernanza, en la gubernamentalidad, aunque también, como lo demostraron algunos países árabes en su famosa “Primavera”, estas mismas herramientas pueden ser usadas por ciudadanos para la crítica del Estado nacional y eventualmente cambiar a sus gobernantes, cuestión imposible de pensar, por el momento, en el caso de China.

Es factible esperar, entonces, que esta brecha en la normalidad provocada por la mezcla de un proceso de la naturaleza con un proceso de la sociedad obligue al Estado a repensar su organización para incorporar de lleno, en una etapa superior de acción histórica (Touraine, 2001, p. 36), sus nuevas tecnologías de Poder, de organización del territorio y de la biopolítica. Cuestión que tendrá como consecuencia la formación de una resistencia ciudadana para defender sus derechos ciudadanos y sus libertades que configurarán a su vez una etapa superior de modernidad con nuevas actitudes, nuevas destrezas, nuevos talentos, nuevas conductas y comportamientos y, por supuesto, nuevos valores.

Estas condiciones de reconfiguración del poder democrático, de la modernización de los hombres (conductas, comportamientos, valores) repercutirán sobre el desarrollo. Entiendo por desarrollo la evolución en bucle retroactivo de la organización social del trabajo productivo en todos sus sectores. El crecimiento económico exitoso es fruto, además, de la organización adecuada de los factores de la producción, en las escalas micro y macro de la vida social.

El desarrollo por lo tanto no es el crecimiento económico junto a los altos niveles de bienestar y confort de mayorías o minorías sociales, sino que se trata de la evolución, del progreso en espiral, con sus altas y bajas, de la organización. Lo mismo de las instituciones del sector público que de las organizaciones privadas de la sociedad, de los individuos en sus tareas de subsistencia, de formación, de recreación, de trabajo... y de su vida familiar.

Es posible esperar diversos tipos de repercusiones y toma de conciencia después de esta crisis. Pero nada es seguro. Los que esperan la revolución contra el capitalismo y el neoliberalismo, creo que verán, nuevamente frustrados, sus deseos. Éstos no son un virus. Son conceptos que designan una realidad. Por supuesto que, en la práctica, y obligados por la contingencia, algunas modificaciones ya están en marcha. Una salida exitosa pasa, indefectiblemente, dejando de fetichizar el capitalismo, el neoliberalismo, la globalización. Fuera deseable el surgimiento de una fuerza social intelectualmente deseosa de construir una ontología materialista, como propone Michel Onfray en su obra *Cosmos. Una antología materialista*. Requiere de una ontología materialista que desinfe supersticiones, supercherías, salvaciones místicas y que sea la base de una nueva acción histórica de la modernidad, la planetarización, la democracia, el desarrollo y que designe su nuevo y propio nombre.

El distanciamiento social, la inmovilización y la ralentización han hecho su aparición debido al azar. Esta situación pone en entredicho un rasgo de la hipermodernidad (no existe un nombre preciso para definir a nuestra sociedad contemporánea) que es el “síndrome de la prisa...: pues se produce cuando la velocidad se aleja de la finalidad, cuando el medio se distancia del fin y la velocidad *sans phrase*³, la innovación como tal, el nuevo en fin en sí mismo, se independizan...”. Debemos retomar “la virtuosa tensión de opuestos que genera la decisión tempestiva, una tensión en la que intervienen por igual velocidad y prudencia, prontitud y adecuación al objetivo” (Marramao, 1980, p. 20).

Sobre el particular, Nuccio Ordine pregunta a Edgar Morin: “El virus ha conseguido hacer explotar también los límites de la rapidez...” y Edgar Morin responde:

Me parece indiscutible. La epidemia... nos ha obligado a realizar una saludable desaceleración. Yo mismo he notado un fuerte cambio en mi ritmo cotidiano: ya no es cronometrado y jalonado como era antes... Ahora con mayor conciencia, estoy (nos estamos) reapropiando del tiempo. Bergson había entendido bien la diferencia entre el tiempo vivido (el interior) y el tiempo cronometrado (el exterior). Reconquistar el tiempo interior es un desafío político, pero también ético y existencial. (Ordine, 2020, p. 8)

³ En francés en el original.

Ya Amartya Sen a lo largo de sus obras, principalmente en *Desarrollo y libertad*, proponía unir la libertad con la igualdad de oportunidades y con la reflexión sobre la unión de modernidad, democracia y desarrollo uniéndolas no ya a la idea “de una ética de origen individualista (como en Occidente), sino de una ética colectiva –con raíces religiosas- basada en el sacrificio del individuo en aras de la comunidad (y entiéndase por “comunidad” familia, empresa o Estado)” (Marramao, 1980, p.24). El único capital que importa es el capital humano. Somos nuestro cerebro. De él depende nuestra presencia en el mundo. Y el mundo podrá cambiar o no, pero no será globalmente. Transformaciones en la democracia, en la modernidad o en el desarrollo, por país, por región, por sector económico: pluridiversidad acentuada puede ser nuestro entorno en unos cuantos años. Será necesario tener presente la concepción del tiempo de los cíngaros que cita a menudo Michel Onfray: “Pasado mañana, mañana será ayer” (Cosmos, 2017. Pp. 75).

Más precisamente, afirma Giacomo Marramao. “La civilización occidental moderna, debe aceptar el reto de las alteridades culturales y mostrar su aptitud para llevar a cabo una política de lo posible y lo contingente unida a una ética de la finitud... para reconquistar el futuro no como progreso garantizado e indistinto. No como “tiempo homogéneo y vacío” (W. Benjamin), sino como dimensión contingente, como apertura de horizonte de los posibles”. (Marramao, 1980, p. 23). Hablamos de recomponer el “cultivarse temporal” ... Es la dimensión del tiempo que yo llamo “kairológica”, la única capaz de conectar, en una tensión fecunda, pasado y futuro dentro del presente de la experiencia y la imaginación creativa... he recorrido la línea de sombra entre filosofía teórica y filosofía práctica con el fin de trazar un camino para vencer el síndrome de un “futuro pasado”: el síndrome de un período que, siguiendo una sugestiva fórmula de Spinoza, ha dado en llamarse la época de las “pasiones tristes”. (Marramao, 1980, pp. 25-26).

Con otra óptica, pero coincidiendo con estas preocupaciones, nos encontramos con el documento de Khuloud Al Omian (2020) aparecido en Forbes @ 10, donde propone 10 consecuencias inmediatas de esta crisis. Entre sus conclusiones destaco dos. La primera es el desbalanceo del poder mundial entre Estados Unidos y China, a favor de este poder emergente. La segunda es sobre las repercusiones que tendrá esta crisis sobre la educación y la necesidad y obligación de transformar el sistema educativo. Tal vez sea el momento nuestro de empujar, con todas las capacidades

posibles, algunas de las propuestas de Edgar Morin sobre todo en el ámbito educativo, para abandonar simplificaciones y reduccionismos de los saberes compartimentados, alentar saberes humanistas básicos del nuevo orden mundial, recolocar el humanismo como base de las ciencias.

¿Habrá llegado la oportunidad de sustentar la modernidad en una educación que distinga a nuestra época ya no por la producción de máquinas que sustituyan el trabajo manual, o de las máquinas que producen máquinas, incluida su robotización, sino por la aún débil producción de seres humanos de capacidades humanísticas y científico-tecnológicas de nivel superior, por otros seres humanos de capacidades superiores? Nuevamente Morin: “*Habremos aprendido algo en estos tiempos de pandemia si sabemos redescubrir los auténticos valores de vida: el amor, la amistad, la fraternidad, la solidaridad. Valores esenciales que conocemos desde siempre y que, desde siempre, desafortunadamente, terminamos por olvidar*” (Ordine, 2020, p. 5). No es olvido. Más bien es querer anteponer en superioridad la colectividad sobre la libertad individual a todos los seres humanos. Olvidamos la organización, con sus jerarquías, heterarquías, centralizaciones y descentralizaciones, como el mismo Morin nos ha recordado más de una vez. Aunque sin duda, en medio de esta crisis, vivimos el momento en el cual los ciudadanos debemos de actuar y dar prioridad a la educación y a la salud de todos los ciudadanos sin distinción: existen los conocimientos y los recursos de todo orden para conseguir esta meta. Pero no sólo es tarea del Estado. Es el momento ciudadano de exigir e imponer nuevas metas. La libertad y el conocimiento deben encontrar las vías de llegar a una libertad y una igualdad casi certera como lo propone Amartya Sen, sin cadalsos, ni una libertad ni una solidaridad obligada desde el Estado. Ese es el momento *de Kairós*: el momento ciudadano, oportuno, de decir y de actuar.

Bibliografía

Agamben, Giorgio et al (2020) *La invención de una pandemia* en Sopa de Huwan. Pensamiento Contemporáneo en Tiempos de Pandemia. Consultado en <https://www.medionegro.org/pdf-sopa-de-wuhan/>

Beck, Ulrich (1986). *La sociedad del riesgo: El camino hacia otra sociedad moderna*. Madrid: Grupo Planeta.

Castell, Manuel. (1999). *La era de la Información. Vol. I. La sociedad red*. México: Siglo XXI Editores.

Criado, Miguel Ángel (2020). *Al menos 142 virus han saltado de animales a humanos*. Consultado en <https://elpais.com/ciencia/2020-04-07/al-menos-142-virus-han-saltado-de-animales-a-humanos.html>

Foucault, Michel (2006). *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires: FCE.

Han, Byung-Chul (2020). *La emergencia viral y el mundo de mañana* en *Sopa de Huwan. Pensamiento Contemporáneo en Tiempos de Pandemia*. Consultado en <https://www.medionegro.org/pdf-sopa-de-wuhan/>

Huerta, Efraín. (1963). *El Tajín*. Consultado en <http://www.materialdelectura.unam.mx/index.php/poesia-moderna/16-poesia-moderna-cat/34-009-efrain-huerta?start=7>

Illades, Esteban (2020) *La red del engaño*. Consultado en <https://www.nexos.com.mx/?p=47137>

Al Oman Khuloud (2020). *Are We Witnessing The Awakening Of A New World Order?* Forbes Middle East. Consultado en <https://www.forbesmiddleeast.com/innovation/opinion/are-we-witnessing-the-awakening-of-a-new-world-order>

Marramao, Giacomo (1980). *Kairós. Apología del tiempo oportuno*. Barcelona: Gedisa.

Morin, Edgar (1984). *Sociología*. Madrid: Cátedra.

Morin, Edgar & Sami Nair (1987). *Une politique de civilization*. Paris: Arléa.

Morin, Edgar. (2001). *La Méthode. 5. L'humanité de l'humanité*. París: Éditions du Seuil.

Onfray, Michel (2016). *Cosmos. Una ontología materialista*. Barcelona: Paidós.

Onfray, Michel (2019). *Decadencia. Vida y muerte de occidente*. Paidós: México.

Ordine, Nuccio (2020). Entrevista a *Edgar Morin: Vivimos en un mercado planetario que no ha sabido suscitar fraternidad entre los pueblos. La crisis del coronavirus*, en *El País*. Consultado en <https://elpais.com/cultura/2020-04-11/>

Sen, Amartya (2002). *Desarrollo y libertad*. Madrid: Planeta.

Touraine, Alain. (1985) *La producción de la sociedad*. México. FCE.